

—Eso es casi una dicha para ella. ¡Es un hombre indigno, un miserable!

—¿Rico?

Aurora dijo que sí con la cabeza.

—¡Oh! esos hombres son monstruos—dijo la señora Simonet.—No todos... ¡Pero cuánto canalla he conocido! ¡Buenas noches!

La señora Simonet salió y al ruido que produjo la puerta al cerrarse, se despertó Elena.

—Vete á la cama—la dijo Aurora con cariño.

—¿Y tú?

—Yo, no puedo... Tengo que hacer todavía.

—¿Por qué velas hasta tan tarde?

Aurora dijo con el mayor desaliento estas palabras:

—Muy pronto no habrá en casa ni un céntimo, ni un mueble que vender, ¡nada!

Elena echó los brazos al cuello de Aurora.

—¡Qué buena eres!—murmuró.—¿Pero hallarás la recompensa?

Besó á su amiga en la frente y se dirigió vacilando hacia la cama.

Al día siguiente, después de haber descansado tres horas, se vestía Aurora tomando mil precauciones, á fin de no despertar á sus dos compañeras de desgracia, y se deslizaba hasta la puerta en el momento en que su vecina llamaba despacio y decía.

—¿Estáis dispuesta?... ¿Venís?... Ya es hora.

XIV

En funciones.

Las calles estaban casi desiertas.

Un frío penetrante se apoderaba de uno en cuanto se ponía el pie en la calle.

La señora Simonet abrió el kiosko y colocando sobre las correderas, á guisa de mesa, los periódicos que no había vendido el día anterior los fué separando por clases.

Aurora estaba de pié en la acera bajo el mechero de gas que las alumbraba agonizando al ser dominado por la luz del día.

La pobre joven temblaba de frío porque su abrigo no lo era más que en el nombre.

Su pobre vestido negro parecía demasiado ancho para ella.

Hasta entonces no se había apercebido de lo mucho que desde su llegada á París había adelgazado.

Hasta entonces no había tenido tiempo de fijarse en esto.

Sobre todo, desde que la señora Lapierre la habia dado labor, vivia como una máquina de coser, por decirlo así, no teniendo más que una idea, la de quitar de delante obra, á fin de ganar el pan cotidiano de sus compañeras y aumentar la ganancia en algunos céntimos.

Su sombrero negro, como su traje, era muy mezquino; pero ¿qué importaba el sombrero sobre tan magníficos cabellos?

—Hubiérais hecho mejor en poneros una toquilla—observó la señora Simonet.—Hace

un frío horrible; debí advertiroslo... Perdonadme; tengo tanto en qué pensar...

—¿No está mejor Teresa?

—Al contrario, ha pasado muy mala noche. Voy á dejaros mi mantón; yo llego pronto á casa, y tengo allí el de Teresa; así estaréis más abrigada.

Hecha la separación de los periódicos que habían quedado del día anterior, fueron llegando los de la mañana.

La señora Simonet ponía un número sobre cada uno de los paquetes que recibía.

Aurora observaba con la mayor atención cuanto hacía su vecina.

—Ya veis que esto no es difícil—la decía ésta.—Se anota los que se reciben, y á la noche se cuentan los que quedan. Decidme un oficio más sencillo. Solo que es preciso ser amable con los parroquianos... En esto consiste todo... Pero tenéis mala suerte... tenéis un mal día para vuestro debut... No será buena la venta; los paseantes van muy de prisa.

Una criadita, no muy limpia, pero de cara simpática, salió de un despacho de vinos que estaba cerca del kiosko, con una estufilla en la mano.

—Ya os traen vuestra estufa. Están siempre al cuidado, y en cuanto me ven llegar la preparan. Favor por favor: siempre quedan periódicos que no me reclaman; se los doy al señor Rabier, los leen sus parroquianos y luego le sirven á él para encender el fuego.

Y cuando la criadita hubo dejado dentro del kiosko la estufilla, la dijo, indicando á Aurora, que se paseaba golpeando el suelo con los pies, á fin de hacer que entraran encalor:

—Mirad, Palmira, aquí tenéis á la nueva vendedora... Cuidadla bien, y si necesita algo, sed muy complaciente... No está acostumbrada á esta clase de vida, y el día está muy malo.

—¿De modo que esta señorita?...

—Sí, viene á reemplazarme...

La criada del tabernero miraba á Aurora con ojos de envidia.

—¡Diablo!—se dijo.—No faltarán parroquianos... ¿Y la señorita Teresa?

—Está muy mal—dijo la señora Simonet con emoción.

Iban á dar las siete.

Sin embargo, la gente empezaba ya á transitar.

Algunos se paraban delante del kiosko y pedían *El Petit Journal* ó *El Petit Parisien*.

Otros *El Figaro*, *El Gaulois* ó *Le Matin*; pero estos eran los menos.

Depositaban los cinco céntimos sobre el pequeño mostrador del kiosko y se iban desplegando el periódico para ver las noticias.

La señora Simonet les servía con rapidez y sonriendo, á pesar de la angustia que la dominaba, y de cuando en cuando miraba á Aurora como para decirla:

—¡Eh! ya veís que no os engañaba. La cosa es sencilla.

Un poco antes de las ocho se dispuso á volverse á casa.

—Estoy intranquila... No puedo estar aquí más... Os dejo... ¿Creo que no tendréis dificultades?—dijo.

—Creo que no... Haré lo que pueda por cumplir lo mejor que me sea posible con mi misión.

En aquel momento volvía la criadita con una bandeja de metal blanco, en la que llevaba dos tazas, de las que salía humo.

—Una atención del patrón—dijo.—Para que os calentéis el estómago, porque hace mucho frío.

Y dirigiéndose á Aurora, que había entrado en el kiosco, y buscaba el medio de colocarse lo mejor posible para sentir menos el frío.

—A las doce vendré,—la dijo—y pediréis lo que queráis... Habrá guisado, estofado y ropa vieja. Si queréis os traeré también una taza de caldo.

Se marchó, llevándose las tazas ya vacías.

La señora Simonet advirtió á Aurora.

—Es preciso que os cuidéis. Por setenta y cinco céntimos os darán de almorzar. Con esta temperatura, si uno no se cuida, se expone á perder la salud. Tendréis cuanto necesitéis. Los Rabier son buenas gentes y nada interesadas. Esa pequeña Palmira es una desgraciada que recogieron y han criado como si fuera hija de ellos. Si puedo, vendré esta tarde á veros... ¡Animo!

Aurora quedó sola.

Se colocó como pudo en un rincón del kiosco, y puso los pies sobre la estufilla.

Se había quitado el sombrero y lo había colgado de un clavo en el fondo.

El mantón que la señora Simonet la había dejado le hacía un gran servicio.

Los parroquianos llegaban poco á poco, tomaban un periódico ú otro maquinalmente, y maquinalmente cogía la joven los céntimos y los echaba en el cajón.

Tocó el turno á los dependientes de comer-

cio, estos llegaban en bandadas, riendo y hablando entre ellos. Algunos que iban retrasados, pedían que se les sirviera á la carrera. Aurora atendía sus peticiones con la mayor complacencia.

A todos les llamaba la atención no ver allí á la señora Simonet y al coger el periódico preguntaban:

—¿Está enferma?

Aurora contestaba:

—Ella no, su hija.

—¿De modo que vos?...

—Sí, la reemplazaré hasta que ella pueda venir.

Continuaban su camino, pero con una ojeada manifestaban su sorpresa y su satisfacción de no perder en el cambio.

A cosa de las nueve y media se paralizó el movimiento; no menudeaban tanto los compradores.

Aurora sentía una especie de adormecimiento en aquella garita, donde no se encontraba tan mal como ella esperaba estar.

La casualidad hacía que no la diese el viento en la cara.

La estufilla daba bastante calor.

Después de haber examinado los grabados de los periódicos ilustrados, y de haber leído algo de los satíricos, había caído en una soñolencia que no podía desechar.

De pronto despertó sobresaltada.

Una voz admirablemente timbrada, dijo:

—Hacedme el favor del *Figaro*.

Abrió los ojos y se estremeció.

—Era una broma—dijo aquel cliente especial.—He querido despertaros. ¿Dormíais.

Era el marqués Raimundo de Caylus.

Se puso distraído sobre los periódicos y dijo:

—Pero explicadme por qué capricho de la suerte os encuentro aquí, en este cajón.

Aurora se había repuesto, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, contestó:

—Por necesidad.

—Supe que habíais abandonado Aubignac... sin que Jorge, que fué quien me lo dijo, me enterara del por qué...

—Pues la causa es muy sencilla—repuso Aurora.—Yo no tenía medios de vida. Era preciso buscarlos.

—¿Y á eso habéis venido á París?

—¿A dónde queréis que vaya?

—¿Sola?

—No, con una amiga... con Elena de Solmes.

—¿Qué hace?

—Nada... Ha estado á punto de morir... Sigue gravemente enferma.

—¿Tiene recursos?

—Ninguno.

—¿Y vos?

—Tenía los que un... amigo... me dió ó prestó generosamente.

—¿Quién es ese amigo?

—¿Para qué nombrarle?... Tal vez quiera hacer el bien sin que se sepa.

—¿Y esos recursos?

—Se han agotado...

—¿Hasta el último céntimo?

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde hace algunas semanas.

—¿Entonces?...

—Vivimos como podemos...

—¿Pobremente?

—Más que pobremente. Privándonos de todo.

El marqués la arrancaba con trabajo estas confesiones.

La voz de Aurora era emocionada.

En el fondo se sentía el despecho, no contra los hombres, tal vez, pero sí contra la desgracia que se cebaba en ella.

—Vamos—repuso el joven,—abridme vuestro corazón. Creed que las preguntas que os hago no son por mera curiosidad, sino por el vivo interés que tengo por vos... ¿Con qué propósito habéis venido á París?

—Con el de trabajar, con el de ganar dinero, puesto que no le tengo.

—¿Teníais algún proyecto?

—No... Esperaba encontrar alguna colocación... algo... fuera lo que quisiera...

—¿En qué especialidad?

—No tengo derecho á dar preferencia... Los acontecimientos me lo han probado bien.

—¿Y á quién habéis recurrido?

—A todo el mundo y á nadie. ¿Qué protección hubiésemos invocado? ¿Quién se interesaría por nosotras?

—¿Quién?

—Sí.

—Yo, por ejemplo; acabo de decíroslo.

—¡Vos!—dijo Aurora con amargura.

Un comprador interrumpió la conversación en el momento en que llegaba á su mayor interés.

—¿*El Tiempo* de ayer?—pidió.

Aurora buscó entre los periódicos atrasados.

—Aquí lo tenéis, caballero—dijo.

—Gracias.

El desconocido se alejó, no sin haber dirigido una mirada de envidia á aquel elegante joven de abrigo de pieles, de sombrero flamante, de bigote castaño oscuro, que parecía estar en las mejores relaciones con la hermosa expendedora de periódicos.

El marqués reanudó la conversación tomándola desde el punto que la había dejado.

—Ciertamente, podíais haberos dirigido á mí sin temor á ser mal recibida y además con la seguridad de que mi apoyo no sería mal interpretado. ¿No se explica con la mayor naturalidad del mundo? ¿No os habéis criado en una de las posesiones de mi familia? ¿No podían haberos recomendado á nosotros? ¡A mi madre, por ejemplo! Además ¿creéis que en París se buscan tanto las causas de las simpatías? Todo el mundo se ocupa de sus asuntos ó de sus placeres. Yo hubiera hecho los imposibles por proporcionaros lo que deseábais y hubiera concluido por encontrarlo. No os podeis imaginar con qué alegría lo hubiera hecho.

Se inclinó todavía más hacia Aurora y añadió:

—Vamos, tened confianza. Contadme lo que os ha ocurrido en París.

—¿Para qué?

—Os lo suplico.

—Es que no tiene nada de agradable.

—No importa.

—Vais á hacer que se fijen en mí.

—Me comprometéis. ¿Es eso lo que quereis decir?

—¡Ya lo creo!

—Estad tranquila. Yo repararé.

Aurora frunció las cejas. ¿Por qué la habla tan libremente?

Ciertamente ella había pensado en él más de una vez desde el día en que le había visto en casa de los Chavarux; le volvía á encontrar más sonriente que nunca; feliz por aquel encuentro en el que tan poco pensaba, en el momento en que la vió en el Kiosko. Ella leía en sus ojos el ardor de aquella simpatía de que él la hablaba. ¿Podía, sin embargo, ofenderse?

Como Aurora vacilase en contestar el marqués repuso alegremente:

—¿Tan penoso es contar sus aventuras? ¿Tan extraordinarias son? ¿Quereis que os diga yo lo que ha pasado? Llegásteis á París con la cabeza llena de ilusiones, de falsas esperanzas que se fueron disipando unas tras de otras. Seguisteis adelante impulsadas por un generoso deseo de trabajo. Os decíais que dos jóvenes hermosas como vosotras...

Se interrumpió.

—¿Es guapa la amiga?

Aurora se inclinó.

—Lo era—dijo.

—¿Y ahora?

—Ha sufrido mucho.

—¿Es joven?

—Como yo.

—¿Está enferma?

—¿No os lo he dicho?

—Creí que ya estaría bien.

—Por desgracia, no es así.

—Se curará y recobrará su belleza. ¡Eso es cuestión de tiempo! Os hablo como un doctor. La juventud tiene recursos inagotables.

Y continuó:

—Os decíais, pues, que dos jóvenes bonitas, como vosotras, encontrarían camino fácil. ¡Pues bien! no. Habeis recorrido almacenes, tiendas... y por todas partes no habeis oído más que: «no tenemos colocación que daros.»

—Es verdad.

—Y tal vez—añadió—los unos, los honrados, os han rechazado precisamente á causa de vuestro encanto, fácil de reconocer, y que hubiera turbado la tranquilidad de sus establecimientos.

El marqués sonrió al decir estas palabras.

—Otros os hubieran admitido, pero con condiciones ante las que hubiérais retrocedido...

¿Me equivoco en mucho?

Aurora movió la cabeza.

—Entonces, sin colocación, sin trabajo, habeis principiado á dudar del porvenir y de vos misma... Es preciso vivir. En este abismo de París se vacian los bolsillos con una rapidez asombrosa... El vuestro era demasiado ligero tal vez.

—¡Oh! sí.

—¿Cómo habeis venido á parar á este oficio que no os dará ni para comer? ¡Oh! no neguéis... Vuestros hermosos colores de otros tiempos desaparecen.

Añadió más bajo:

—Y estábais tan encantadora allí... el día que os ví á la ventana, y cuando os encontré en la huerta, con una cesta colgada del brazo, en la que llevábais rábanos rosados como vuestras mejillas.

—¡Os acordáis de eso!...

—¡No he olvidado nada! Si supiera pintar,

haría vuestro retrato de memoria. Veo todavía vuestros cabellos, vuestros magníficos cabellos rubios, que doraban los rayos del sol; un corpiño henchido y vuestros brillantes ojos... Llevábais un vestido gris con una cinta negra, que os rodeaba el talle.

Repitió con voz temblorosa:

—No, mi hermosa Aurora, no he olvidado nada, ni vuestro nombre, ¡ni á vos misma!... Así es que siento una gran tristeza al haberos encontrado aquí, en una situación tan precaria.

—¡Y que queréis que haga!

—Pensaremos, veremos, buscaremos y concluiremos por encontrar.

—¡Pues todavía es una suerte para mí estar donde me véis! ¡Si siquiera pudiera conservar esto!

Entonces salieron de sus labios una oleada de palabras, como la lluvia de una nube que descarga; le contó la historia que tan amistosamente la había preguntado.

Le explicó sus excursiones, sus instancias, cómo había sido tratada en la única colocación que había encontrado, los dos meses de un trabajo encarnizado para ganar el pan de aquella pobre enferma, olvidada en aquella casa tan destartalada de la calle de San Andrés de las Artes, y por fin la casualidad á que debía el que estuviera en aquel kiosko, donde la había encontrado.

¿Qué podía hacer, pues? ¿Qué tenía ya que perar?

El marqués fijó en ella los ojos, sus caras casi se tocaron y pronunció esta sola palabra:

—¡Todo!

Aurora se encogió de hombros, se puso co-

lorada como la púrpura y movió la cabeza con incredulidad.

Los que pasaban se detenían para mirarla.

Algunos se sonreían.

Evidentemente para ellos, entre aquellos dos seres hermosos y jóvenes, pero de condición tan diferente, de lo que se trataba era de una venta cuyo precio se discutía.

No había que dudarlo.

—Marchaos—dijo Aurora—os lo suplico.

—Perjudico vuestra fama y os quito venta, ¿no es así?

—¡Ya lo veis!

—Asusto á los clientes...; ¿pero eso qué importa?

—¿Como que qué importa?

Repitió en broma:

—¡Yo reparo!

—¿Podríaís?

—Hablemos seriamente. Tengo prisa.

—¡Vos!

—Yo.

—¿A causa?...

—Salgo para Niza hoy mismo.

—¿Por mucho tiempo?

—Demasiado.

—¿Por qué demasiado?

—Porque estaré privado del placer de veros hasta dentro de unos días. ¿Dónde vivís?

—En una pobre casa.

—¿De que calle?

—No quiero decíroslo.

—Sin embargo, es preciso que yo os vea.

—¿Es necesario?

—Seguramente. Además, tan luego como regrese me ocuparé de buscaros esa colocación

que en vano habeis pretendido encontrar.

—¡Oh! ¡si lo conseguiseis!—exclamó en un arranque de alegría.

—Tal vez ¿Estareis aquí algunos dias?

—Es probable. Además —añadió reflexionando— aquí vereis siempre á la señora Simonet, que es á quien estoy reemplazando. Somos vecinas.

—Bueno.

—¡Ahora, iros!

El marqués suspiró.

—Puesto que vos lo queréis dijo—pero si supieseis lo que me cuesta.

Se inclinó por última vez hasta tocarla y murmuró:

—¡Cuanto voy á pensar en vos! Esto será siempre una dicha, ¡pero no tan grande como la veros! Francamente sois demasiado hermosa para permanecer aquí.

Bruscamente la volvió la espalda como si hubiera temido decir demasiado.

Y mientras que se alejaba de prisa iba diciendo:

—Porque no somos de la misma esfera. ¡Y porque me está prohibido amarla!

XV

¡Sorpresas!

Eran poco más de las seis y media.

La habitación de Magdalena de Arvil estaba completamente á oscuras.

Una agradable temperatura contrastaba con la del exterior.

Brígida puso sobre la chimenea una gran